Manuel Sacramento Ramírez, ya como periodista, profesor y funcionario público, ya como simple ciudadano, tuvo participación muy activa en los organismos de defensa de los intereses de su provincia y estuvo siempre presente en todos los actos de promoción y desarrollo de la región.

Sacramento Ramírez fue un gran conocedor del pasado histórico y de las tradiciones de su tierra. Su testimonio oral y sus informaciones directas y personales han servido como fuente para muchos ensayos, artículos, tesis de grado y monografías que se han escrito y publicado sobre la provincia de Moyobamba, el departamento de San Martín, la antigua Maynas y sobre la Amazonía peruana en general.

Luis Hernán Ramírez

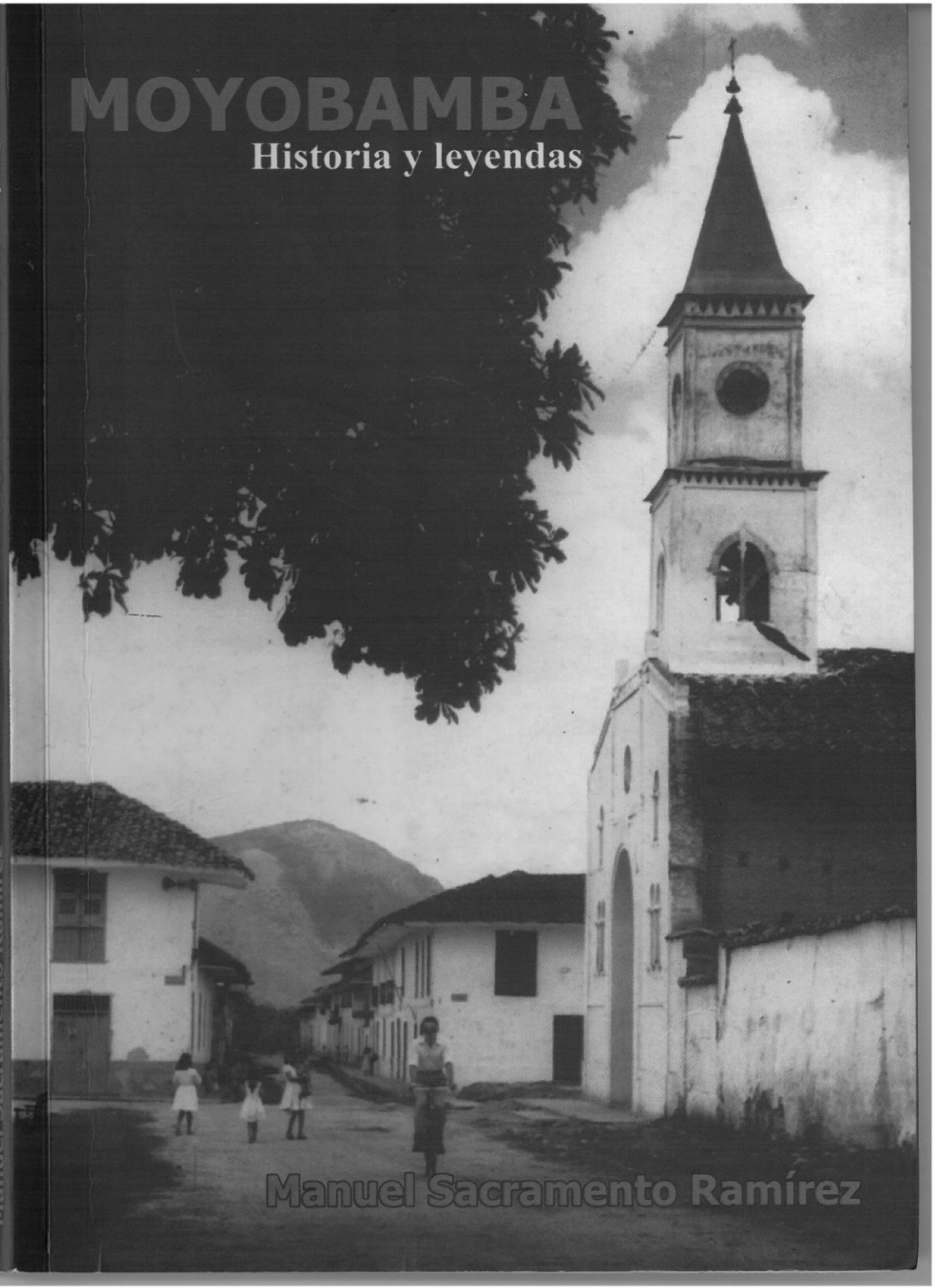
PERÚ | Ministerio de Cultura | Dirección Desconcentrada de Cultura San Martín

MUNICIPALIDAD PROVINCIAL
DE MOYOBAMBA

MOYOBAMBA Historia y leyendas Manuel Sacramento Ramírez

MOYOBAMBA

Historia y leyendas



Manuel Sacramento Ramírez

Cuantas veces que al Ecuador se le ocurrió ser país amazónico con sus pretensiones de dominio sobre los territorios de Tumbes, Marañón, Mainas y Jaén, el moyobambino ha demostrado y ratificado su peruanidad como lo hicieron en 1840 en una gran manifestación popular suscribiendo el acta respectiva que dio mérito a Moyobamba para que el gobierno lo designe capital de la Provincial Fluvial de Loreto, independiente del departamento de Amazonas, al cual pertenecía.

Cuando la contienda bélica con Chile, apenas producida la declaratoria de guerra, se formó en Moyobamba un cuerpo de cien voluntarios que marcharon a Lima y combatieron en Pisagua, San Francisco, Tarapacá y el Alto de la Alianza, quedando varios en el campo de batalla como héroes desconocidos. El 15 de mayo de 1880 partió para Lima el segundo cuerpo de voluntarios en número de ochocientas plazas de los que muy pocos regresaron a la tierra natal quedando gran parte en los campos de batalla de San Juan y Miraflores en condición de soldados desconocidos por la falta de documentación. A la noticia de la ocupación de Lima por el ejército invasor, fue disuelta en Moyobamba un batallón de mil hombres expeditos para la marcha a Lima.

Leyendas moyobambinas

1

EL HOMBRE DE PIEDRA SIN CABEZA

A DOS KILÓMETROS Y MEDIO de distancia de Calzada, en el antiguo camino que va de este pueblo a Moyobamba, hay una pequeña colina frente al llamado «morro». Al pie de la colina existe la figura de un grotesco ídolo de piedra que tiene el aspecto de un cuerpo humano con los brazos caídos cogiéndose el sexo, y la cabeza mutilada que ya no se conserva.

La estatua, de indudable origen prehistórico, tal vez una divinidad de los antiguos mayorunas que vivieron en esta región, fue mutilada, según unos, por los españoles conquistadores que creyeron encontrar oro en el interior del ídolo o, según otros, por el fanatismo de un individuo del pueblo de Calzada que le cortó la cabeza a causa de atribuirle las continuas lluvias que caían sobre la población causando estragos en los caminos y en los sembríos.

Desde entonces existe la creencia de que dicho monolito de forma humana decapitada, es el que hace llover cuando los viajeros se ríen de él burlándose de su ridícula figura.

Y es así que en una ocasión en que pasaron por este lugar dos viajeros de la costa, ignorantes de la superstición, soltaron fuertes carcajadas al pasar junto al desfigurado y grotesco ídolo. Dichos viajeros, antes

de llegar al río Indoche, tuvieron que regresar al pueblo de Calzada porque el río se desbordó a consecuencia de una fuerte tempestad.

Por esta razón todos los lugareños que recorren este camino y pasan frente al hombre de piedra sin cabeza tienen el buen cuidado de hacerlo con la boca cerrada y muy seriecitos.

2

EL SAPO PERDIDO

HACIA EL SUROESTE del distrito de Jepelacio hay un cerro que termina en forma de cono. Detrás de este cerro existía antiguamente un pueblo denominado Sapo. En el centro del rústico poblado había una inmensa laguna y cada cierto tiempo aparecía en medio de ella la cabeza de un toro salvaje que lanzaba fuego por la boca causando espanto y preocupación a los habitantes del lugar.

El pueblo tenía una pequeña iglesia donde el cura reunía a sus feligreses en frecuentes rogaciones para que desapareciera el toro de la laguna. Un día, en el momento en que el sacerdote concluía en la iglesia una de sus acostumbradas rogaciones con toda la gente reunida, apareció la cabeza del toro al mismo tiempo que un fuerte terremoto remecía la tierra dejando toda la aldea en escombros.

El cura y algunos habitantes huyeron a Jepelacio; los demás sobrevivientes se dirigieron a establecerse en la recién fundada ciudad de Saposoa y, prácticamente, fueron los primeros pobladores de esta nueva ciudad, actual capital de la provincia de Huallaga. Desde entonces el lugar abandonado se denominó *Sapo perdido*.

Los naturales de Jepelacio que van a cazar por esos sitios nos informan que todavía se puede ver, hoy, las ruinas del pueblo arrasado por el terremoto.

3

EL ORO DE ANGAÍSA

A VARIOS DÍAS de navegación en canoa, aguas arriba del río Mayo, y en el interior de la selva de esa zona está el cerro de *Angaísa*. Este cerro se encuentra frente a los pueblos de Sucllaquiro y Quilluallpa (de las voces quechuas: *suklla*, 'uno solamente' y *kiru*, 'diente'; *killu*, 'de color amarillo' y *allpa*, 'tierra'), cuyos pobladores abrigan la creencia de que en sus rocosas entrañas hay ingentes cantidades de oro, por lo que le llaman también «Montaña de oro».

Se dice que en la cima de aquel cerro vive un extraño y misterioso animal en forma de toro que derrama de su boca granos de oro y por este motivo le llaman el becerro de oro. Este misterioso ser tiene el extraordinario poder de desatar fuertes descargas de lluvias torrenciales acompañadas de rayos y truenos horrorosos que espantan y ahuyentan a las personas que se acercan al cerro, impidiéndoles encontrar el fabuloso tesoro que cuida celosamente.

Los cazadores y montaraces de los distritos de Sucllaquiro y Quilluallpa cuentan que a los paujiles que logran cazar por aquellos parajes les encuentran en sus buches bolitas de oro.

Es así que el alcalde de Sucllaquiro, fallecido hace poco, me contaba que en cierta ocasión cazó un paujil

a la orilla de una quebrada al pie del cerro de Angaísa y que efectivamente encontró unos granitos de oro en el vientre del animal; me contó que también un compadre suyo halló en las inmediaciones del cerro pedazos del codiciado metal y cuando ambos, alegres con el hallazgo, retornaban al pueblo, no pudieron llegar a sus casas a causa de una fuerte tempestad que les impedía caminar y oscurecía totalmente el bosque.

Entonces decidieron regresar a poner los pedazos de oro en la quebrada donde los habían recogido, con lo que cesó la tempestad y se aclaró el espacio, lo que les permitió encontrar el verdadero camino y volver tranquilamente a sus casas.

Al día siguiente los dos compadres pretendieron llegar nuevamente al cerro, pero observaron que la encantada montaña se movía de un lado a otro y que algo muy reluciente les empañaba la vista, impidiéndoles avanzar. Desengañados, regresaron al puerto.

Varias expediciones se han realizado a dicho cerro con preparativos para varios días de viaje, pero todos regresaron con la misma historia de no poder llegar por diversos motivos que se atribuyen a encantamiento y a los invisibles poderes del becerro de oro que guarda el fabuloso tesoro de Angaísa.

4

TUNCHIYACU

A POCOS KILÓMETROS de la ciudad de Moyobamba en el camino que conduce al pueblo de Yantaló existe una pequeña vertiente donde los agricultores de las cercanías aplacan su sed y la de sus animales. El lugar sirve también a los viajeros para descansar después de un trecho de caminata porque es un paraje apacible, fresco y de hermosa vegetación.

Cuentan que en una ocasión, casi de noche, unos chacareros que regresaban a sus casas se sentaron a descansar allí y al acercarse a beber del agua que brotaba de la fuente encontraron un cadáver. Asustados, tomaron inmediatamente sus cargas y se dirigieron apresurados a Moyobamba a dar parte a las autoridades del macabro hallazgo.

Inmediatamente el gobernador acompañado de varios policías se constituyó en el lugar indicado pero no encontró ningún cadáver. Desde entonces, se conoce a ese sitio con el nombre de *Tunchiyacu* ('agua del muerto'). Los agricultores de esa zona nos cuentan que continuamente se oye el silbido del famoso tunchi notándose, esos silbidos, más claros y acentuados hacia el anochecer.

5

AYASAMANA

Dicen que antiguamente los pobladores del distrito de Yantaló no tenían cementerio donde enterrar a sus muertos y debían traerlos hasta Moyobamba para sepultarlos en el cementerio general.

Nos cuentan que en una ocasión murió una persona conocida de ese lugar y lo condujeron envuelto en cuero de buey para enterrarlo en el camposanto de Moyobamba. Las personas que lo conducían, ligeramente embriagadas con las copitas que bebieron en el velorio, bajaron su mortal carga en un paraje del camino para descansar un momento.

Después de aliviar, un poco, su fatiga pero no su embriaguez, los sepultureros continuaron su viaje hasta el cementerio de Moyobamba, donde se dieron cuenta que el muerto no estaba en la envoltura de cuero.

Asustados, los cargadores con esta situación, retornaron apresuradamente a Yantaló, donde encontraron al cadáver que unos viajeros, al reconocerlo, lo recogieron devolviéndolo al lugar de origen. A ese paraje se le conoce hoy con el nombre de Ayasamana ('lugar donde descansan los muertos').

6

LA ACHIQUINVIEJA

A una señora anciana le contaron sus abuelos que, muchos años atrás, las minas de sal estaban muy cerca de la ciudad de Moyobamba en un sitio denominado Beatriz, por donde actualmente pasa un pequeño arroyuelo de agua salada. Los habitantes de la ciudad tenían que poner por obligación, como un tributo por la extracción de la sal, una cabeza de res a orilla del arroyo que al día siguiente desaparecía. Era que la *achiquinvieja*, la «madre de la sal», se la devoraba.

Cuentan que una vez dos hombres curiosos se escondieron en las inmediaciones del riachuelo para ver de cerca a la achiquinvieja y, efectivamente, a medianoche apareció una anciana muy fea de nariz encorvada y largos dientes, que se dispuso a devorar la res. En ese momento, los hombres salen de su escondite y agarran a la vieja, a quien la pegan y maltratan.

La anciana llora y en lengua quechua les dice: *Cachita surcunapa paicuna penancansapa sucaman uraycuncasapay llucaycansapa urcucuna chinga-chihuarca*, lo que significa que para sacar la sal ellos tendrán que sufrir mucho, subirán y bajarán cerros y que ella se alejará para siempre.

Efectivamente, al día siguiente desapareció la sal de ese lugar cercano a la ciudad de Moyobamba y quedó solamente el arroyo de agua salada. Las canteras de sal volvieron a aparecer más tarde en otro sitio más alejado y de difícil acceso, llamado Cachiyacu ('agua de sal'), de donde los moyobambinos extraen la sal con grandes dificultades.

7

LOS YACURUNAS

CUÉNTASE QUE, hace ya muchos años, en el lugar denominado Monohuacana ('lugar donde lloran los monos'), a una distancia de ochos horas de navegación en canoa aguas arriba del río Mayo, en las noches de luna llena, se podía escuchar una extraña música y monótonas voces que salían desde el fondo de una gran poza formada en una permanente *muyuna* ('remolino') de las aguas del Mayo. Era el cántico tétrico y horrible de los temidos *yacurunas*.

La leyenda dice que, antiguamente, los caminantes que se acercaban al citado paraje para escuchar esos cánticos o los navegantes que, sin advertir el peligro, quedaban atrapados en la muyuna, eran inmediatamente capturados por aquellos seres fantásticos, conocidos también con el nombre de «hombres del agua». Esta creencia se mantiene aún entre los pobladores del Alto Mayo, por lo que este paraje resultaba ser muy temido por los viajeros y bogas de esa apartada región.

Los pobladores del Alto Mayo afirman que de cuando en cuando se dejan oír, en altas horas de la noche, los monótonos tambores de los yacurunas, que ya no se dejan ver porque fray Hipólito Sánchez Rangel, primer Obispo de Moyobamba, les condenó

a vivir para siempre en el fondo de las aguas sin salir jamás de allí.

La leyenda dice también que el jefe o rey de los yacurunas era un ser de forma humana con cola de pez que aparecía remando una canoa a las doce del día pidiendo auxilio a gritos y que cuando un viajero o labrador se acercaba a él para socorrerlo, le hacía naufragar llevándolo a su morada en el fondo del río. Hasta hoy existe entre los ribereños del Mayo cierto temor a navegar en canoa sin un acompañante.

8

EL TUNCHI

ALEJADA DE SU TRIBU, a orillas del río Mayo vivía feliz y contenta una pareja con un hijito de pocos años. El padre cazaba en el bosque y pescaba en el río; la madre tejía e hilaba mientras el único fruto de sus amores jugaba a su lado.

Un mal día la madre cayó enferma y su esposo, que conocía los secretos y las virtudes medicinales de las plantas selváticas, le aplicó cuantas le parecieron más convenientes sin obtener ningún resultado positivo. Acudió entonces al brujo de la tribu. Éste al ver a la enferma dijo que todo era efecto de un maleficio y buscó a alguien a quien achacarle la causa del maleficio. De pronto viendo al niño exclamó: «Este es el mal causante y debe morir».

El desventurado padre quedó helado de espanto, pero pudo más en él la supersticiosa creencia de su tribu que el amor paterno y empezó a planear el modo de darle muerte como el único medio de salvar a su esposa. Se pasaba horas enteras pensando cómo evitar ver el desenlace que suponía la desaparición de ese pedazo de su corazón.

Por fin corre, toma en sus brazos al niño y se interna en la espesura del bosque. Y allí, después de acomodarle sobre unas hojas de bombonaje, le

abandona a su suerte en medio de la selva y regresa a su rancho. Las sombras de la noche caen sobre la tupida vegetación de la selva cuando se oye el lastimero llanto de un niño. Sale el padre a la puerta y ve con sorpresa que el niño del sollozo era su propio hijito que arrastrándose iba en dirección a la choza. El padre no puede contener un grito y siente que su corazón se rasga de dolor. Pero la superstición es más fuerte y tomando al niño con el brazo izquierdo encamina de nuevo sus pasos hacia lo enmarañado de la selva, mientras con la mano derecha enjuga las lágrimas que a torrentes vierten sus ojos.

Para que el niño no pueda volver, practica muchos rodeos abriéndose paso por la maleza; luego que hubo andado varias horas y sintiéndose cansado imprimió un tierno beso en la pálida frente de su hijo y suavemente le acomoda sobre una improvisada cama de hojas secas al pie de una palmera y regresa dando grandes saltos sabiendo que el niño, sin fuerzas, no podrá retornar más a la choza. Ya en ella, derrama un torrente de lágrimas por el hijito amado a quien dejó abandonado. «Morirá –dice entre sollozos–, pero al menos no verán mis ojos su agonía».

Y pasan los días tristes para el padre. Para él ya no tiene ningún atractivo la hermosura y la soledad del bosque; tampoco tiene fuerzas para disparar las flechas a los tigres que rugen amenazantes en la selva; le amedrentan los extraños ruidos del bosque y el silbido de las serpientes le aterrorizan. Todo es triste y desolado para él.

Una noche, oyó un grito lastimero como de un niño que se queja y llora, luego un silbido penetrante y misterioso. Aterrorizado mira en dirección al bosque y

ve la figura de su hijito volando por el aire. El padre siente que se le enfría el corazón y cae de bruces en el umbral de su rústica casa.

Desde entonces existe la creencia de que el espíritu de las personas que han muerto o están próximas a morir vaga incansablemente por el bosque, los caminos, las huertas, las casas y las calles solitarias. A ese espíritu de los muertos que recorren los mismos lugares donde estuvo en vida se denomina *tunchi*. Al tunchi se le conoce a gran distancia por su silbido agudo y misterioso que simula las palabras *fin fin finfifín* y dicen que llora lúgubremente en las noches oscuras y tempestuosas.

El tunchi, espíritu de los que han muerto o están por morir, se presenta también con figura humana a manera de sombras blancas u oscuras, silba en las noches, coge y arroja objetos, toca y mueve las cosas de la casa; abre y cierra puertas, ventanas, cajones o baúles, maneja herramientas y se oyen sus pasos en las escaleras. Es, la del tunchi, la superstición más difundida y temida por grandes y chicos en toda la región de la montaña.

9

LOS CERDOS FANTASMAS

DESDE HACE MUCHO TIEMPO se conoce en Moyobamba la versión de los verracos fantasmas. Formando manadas agresivas estos animales fantásticos siguen a la gente que camina por las calles en altas horas de la noche saliendo de lugares solitarios, de barrancos, solares, huertas y lagunas, especialmente de los alrededores de la iglesia del Señor del Perdón.

Relataremos uno de los tantos hechos ocurridos en esta ciudad que se relaciona con los mencionados verracos fantasmas. Una noche a la una de la mañana regresaba de un baile en Zaragoza un joven apodado Pedro Zancudo. En la esquina de la casa de don Pedro Tejada[1] se encontró con un chanchito que insistentemente le impedía el paso, pero no sintió ningún temor por el momento. Espantando al animalito con su bastón siguió por la calle llamada del *Comercio*[2] en dirección a la esquina donde quedaba la casa de don Julio Acosta[3]. A medida que el joven avanzaba, el chanchito iba creciendo y cuando llegó a la mencionada esquina se convirtió en dos chanchos de regular tamaño y

[1] En la actualidad, esquina de Alonso de Alvarado y Reyes Guerra.
[2] Actualmente, calle Alonso de Alvarado.
[3] Ahora, esquina de las calles Callao y 25 de mayo.

poco a poco los animales seguían creciendo duplicándose en número; cuando estuvo en la esquina del mercado, los chanchos alrededor suyo eran en número tan considerable que le impedían el paso y no pudo seguir adelante.

Lleno de temor y sin poder hacer ya nada, el joven atinó a subirse a un muro en el atrio de la capilla de la Virgen el Perpetuo Socorro, edificada entonces en esa misma esquina. A los gritos desesperados del joven se despertaron los vecinos quienes al ver la manada de verracos hicieron la señal de la cruz, rezaron sus oraciones y ahuyentaron así a los animales fantasmas. Luego recogieron al joven casi exánime y lo llevaron a su casa ubicada en las inmediaciones del mercado.

10

EL AYAPULLITO

EL *AYAPULLITO* o «pollito del muerto» es un pajarillo nocturno y siniestro que suele piar en las noches más negras y profundas. Las personas que le oyen cantar muy cerca o le encuentran en el patio de la casa se llenan de temor porque su canto, o ese encuentro, constituyen un seguro signo de duelo, el fatídico presagio de que alguien del hogar morirá próximamente.

Se dice que este pajarillo de fea catadura y de plumaje negrísimo como la noche misma tiene en la cabeza una calaverita pintada y se encuentra sobre él muchas historietas misteriosas y aterradoras.

Una vez, don Julián Cumapa, maestro cantor de capilla, y don Ernesto Arbildo, violinista de la iglesia de Moyobamba, regresaban de cantar una vigilia y encontraron en el trayecto hacia la capilla del Señor de Perdón al citado animalito.

Lograron cogerlo con alguna dificultad y para contemplarlo mejor a luz del día, lo pusieron en un cántaro de barro cerrándolo herméticamente, pero cuál sería su asombro cuando al día siguiente no encontraron al pajarillo, a pesar de que el cántaro se hallaba tapado conforme lo habían dejado el día anterior.

11

LA CALAVERA

DICEN QUE ANTIGUAMENTE los habitantes de la ciudad de Moyobamba tenían como indispensable el tomar un vaso de agua antes de acostarse en la cama para dormir tranquilamente, pues de lo contrario su calavera salía en la noche en busca de agua para saciar la sed del individuo.

Y dicen también que, una noche, un hombre que paseaba por los suburbios de la ciudad se encontró con una calavera humana que deambulada por el lugar. La siguió y vio a la calavera dirigirse a beber agua en una fuente cercana, por coincidencia, al pie de una planta de achiote.

El hombre cogió una fruta de la planta y con ella pintó una cruz en la frente de la calavera. Al día siguiente, al visitar a su comadre, el hombre la encontró con una cruz colorada en la frente. Sucedió que la comadre se acostó la noche anterior sin cumplir el precepto de tomar un vaso de agua fresca.

12

LA RUNAMULA

DESDE TIEMPOS ANTIGUOS existe en Moyobamba, como en casi todas las ciudades de la selva la creencia de que la *runamula* sale en altas horas de la noche arrojando candela por la boca y produciendo chispas de su cuerpo por los latigazos que recibe de su malvado y fantástico jinete, el diablo. Dice que la runamula es el alma de las mujeres que hacen vida marital con los curas.

Al respecto he recogido el relato de un hecho ocurrido en Moyobamba. Hace ya muchos años una hermosa muchacha convivía con el cura del lugar. Fue entonces que una mañana, listo ya el desayuno en la mesa, la madre la mandó a llamar con su hermanito menor para que desayunaran todos juntos. Obediente, el niño corrió al dormitorio de su hermana y fue grande su sorpresa cuando al levantar el mosquitero vio en la cama en lugar de su hermana una robusta mula que dormía a pierna suelta. Asustado el niño fue a dar aviso del hecho a su madre quien, sospechando el caso, le impuso que guardara profundo silencio. «Cállate, cállate –le dijo–, No vayas a decir esto a nadie». Luego la madre se dirigió también al dormitorio de su hija y constató la sospecha.

13

LOS BARRANCOS DE MOYOBAMBA

CUENTAN QUE santo Toribio de Mogrovejo en su viaje de peregrinación a la región de Maynas llegó, a pie, hasta las afueras de Moyobamba, al atardecer de un caluroso día, y que, en medio del paisaje de la tarde que moría, el santo peregrino tenía la apariencia de un viejo mendigo.

Unas mujeres que lavaban ropa y recogían agua limpia de un pozo en la pampa de Shango impidieron que el aparente mendigo se acercara a la fuente y ensuciara el agua. Entonces, cuando ya la noche llegaba con sus blancos y resplandecientes luceros, el peregrino apoyado en su báculo de madera se alejó humildemente del lugar y a poca distancia, donde podía ser oído por las mujeres que estaban junto al pozo, pronosticó que la ciudad iba ser devorada por los barrancos.

Así es la leyenda.

Y desde entonces la ciudad de Moyobamba va siendo devorada día a día por los barrancos que surgen y se forman como monstruos hambrientos y destructores en todos sus barrios silenciosos y apacibles. Cuando caen las lluvias torrenciales los barrancos de Moyobamba crecen más y se aumentan; su voracidad se agiganta y desaparecen, en sus

fauces infernales, hermosos trozos de la ciudad. Los derrumbes de estos barrancos se llevan, como una maldición, casas, huertas, jardines, calles y plazuelas ante la impotencia de los pobladores para contener la fuerza destructora de la naturaleza.

Los barrancos rodean la ciudad de Moyobamba como inmensos callejones amplios y profundos donde crecen árboles frondosos. Los barrancos de Moyobamba, misteriosos y sombríos, son temibles en las noches oscuras, pues se dice que en sus antros y recodos y entre las raíces y aletas de sus añosos y enormes renacos viven horrendos diablos que asustan a todos los transeúntes que pasan por sus inmediaciones. También se dice que en sus profundidades lloran su castigo eterno las ánimas que penan.

14

ZARAGOZA

DICEN QUE en Moyobamba los conquistadores españoles hallaron un considerable número de indígenas que manifestaron tener predisposición e interés en establecer amistad con los blancos. Estos, al ver que eran bien recibidos por los nativos, decidieron quedarse en este bello lugar en las márgenes del río Mayo a vivir junto con los indios. Algunos conquistadores llegaron a casarse con las muchachas vírgenes que los naturales les entregaban como novedosos presentes.

Estas doncellas indígenas eran mujeres sumamente hermosas que llevaban la cabeza adornada con coronas de fraganciosas orquídeas extraídas de los bosques cercanos y vistosas plumas de ave de la región; usaban collares de huairuros y tenían gracia y donaire para las danzas.

En cierta ocasión un joven español que tocaba maravillosamente la guitarra se enamoró de una de las más bonitas jóvenes del lugar, a la que bautizó con el nombre de Sara. La muchacha bailaba con gracia y salero cuando el joven galán entonaba para ella dulces melodías y canciones de amor. Al verla bailar con tanta alegría, el español enamorado murmuraba: «Sara,

goza con mis cantos» y los concurrentes vitoreaban: «Sara, goza», «Sara, goza». De esta expresión de júbilo, y por analogía con la ciudad española de donde procedía el joven conquistador, se denominó *Zaragoza* a un barrio de Moyobamba.

15

CALVARIO

SIGUIENDO POR EL CAMINO que conduce de Moyobamba al distrito de Jepelacio existía antiguamente una laguna llamada *Totoracucha* por estar poblada de plantas de totora. Dicen también que en este mismo lugar cerca de la laguna había una piedra grande y plana que los moradores de la ciudad denominaban *Calvario*, porque sobre ella se ejecutaban a los delincuentes que eran condenados por la justicia.

Los vecinos de este lugar, cada vez que veían conducir a un nuevo reo al lugar de la ejecución, exclamaban: «Ya se lo llevan al calvario». Tal es el origen del nombre de Calvario, un barrio de Moyobamba.

16

LLUYLLUCHUCHA

NOS REFIEREN QUE la laguna que hasta hace poco existía en la ciudad de Moyobamba, hacia la parte del cementerio general, ocupaba antiguamente una gran extensión circundada por espesas montañas de cedros y moenas, de donde se extrajeron las maderas que sirvieron para la construcción de la antigua iglesia matriz.

A esta espaciosa laguna acudían a beber los venados que abundaban en los bosques cercanos y por eso la denominaron *Lluyllucucha*, término procedente de las voces quechuas *lluwichu* que significa 'venado' y *kucha*, 'laguna'. Del nombre de la laguna proviene la denominación de *Llulluchucha* para otro barrio de la ciudad de Moyobamba.

Índice

A los lectores / Luis Salazar Orsi 7

Prólogo 9

DATOS HISTÓRICOS Y CULTURALES DE MOYOBAMBA 13

UNO: La ciudad de Moyobamba 17

DOS: Información histórica: incas y españoles en Moyobamba 19

TRES: Información religiosa: la iglesia de Moyobamba y el obispado de Mainas 25

CUATRO: Forjadores del desarrollo y progreso de Moyobamba 30

CINCO: Jenaro Herrera y las tradiciones de la selva 38

SEIS: Información cultural: escuelas y maestros 45

SIETE: El sistema de educación antigua 49

OCHO: Serafín Filomeno: un maestro inolvidable 55

NUEVE: Emilio Vizcarra: vicisitudes de una revolución 59

DIEZ: Moyobamba y la real cédula de 1802 63

ONCE: Misión cultural de las escuelas y colegios de Moyobamba 67

DOCE: El sentimiento nacional y patriótico de los moyobambinos 72

Leyendas moyobambinas 75

1: El hombre de piedra sin cabeza 77
2: El sapo perdido 79
3: El oro de Angaísa 81
4: Tunchiyacu 83
5: Ayasamana 84
6: La achiquinvieja 85
7: Los yacurunas 87
8: El tunchi 89
9: Los cerdos fantasmas 92
10: El ayapullito 94
11: La calavera 95
12: La runamula 96
13: Los barrancos de Moyobamba 97
14: Zaragoza 99
15: Calvario 101
16: Lluyllucucha 102

Moyobamba Historia y leyendas
de
Manuel Sacramento Ramírez
se terminó de imprimir
en Moyobamba,
en julio de 2015,
en las orillas de un sueño desconocido,
una mañana que se abre.

Moyobamba Historia y leyendas
Manuel Sacramento Ramírez

Primera edición:
Dirección desconcentrada de cultura de San Martín
Moyobamba, 2015.

Portada:
Vista de la plaza de armas de Moyobamba (1940)

Arte final de portada:
John Carly Prada Casique

Cuidado de textos, diseño y diagramación de interiores:
Luis Salazar Orsi

Comité editorial:
Luis Alberto Vásquez Vásquez
Luis Salazar Orsi
Alberto Ríos Ramírez
Arturo Ríos Ramírez

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-07300
Editado por: Dirección desconcentrada de cultura de San Martín
Jirón Oscar R. Benavides, N° 380, Moyobamba.

Impreso en: Gráfica Gárate S.A.C.
Jirón Serafín Filomeno N° 591, Moyobamba.
Julio de 2015.

A los lectores

Los dos libros que conforman esta publicación son parte de los escritos que el profesor, intelectual y político moyobambino Manuel Sacramento Ramírez López (1888-1972) dejara entre sus papeles póstumos. Uno de sus hijos, Luis Hernán, fue quien los sistematizó y comentó para su publicación, pero solo logró editar el primero de ellos, en Lima, en 1986.

Con un estilo sobrio pero convincente y exacto, que nos recuerda las expresiones de Miguel de Cervantes, don Manuel Sacramento expuso sus pensamientos, inquietudes e intereses en el apretado trabajo *Datos históricos y culturales de Moyobamba*, mientras en las *Leyendas moyobambinas* deslíe en forma escrita –con una sonrisa cómplice y permanente– parte de la rica tradición oral de su tierra natal, una de las más interesantes y desconocidas del nororiente peruano.

Según versiones de los familiares vivos, padre e hijo se formularon la promesa de publicar ambas obras. Ello se realiza en esta ocasión, en que hacemos cumplir la voluntad de ambos, a poco más de cuarenta años de la muerte del autor.

Luis Hernán Ramírez dejó prologando los dos libros. Allí expresa vivo interés por la publicación de estos testimonios, dadas su valía y trascendencia, como dos aportes efectivos a la literatura regional amazónica.

Por extensión, consideramos que este libro también representa parte del legado intelectual y literario de Luis Hernán Ramírez, uno de los escritores e investigadores más importantes de la Amazonía peruana, que muriera en Lima en 1997 y cuyos escritos y ensayos siguen saliendo a la luz, sorprendiéndonos por su originalidad, rigurosidad científica y objetividad.

A fines de los años 80 del siglo pasado me cupo leer en Lima aquel recientemente publicado libro de don Manuel Sacramento Ramírez, con apuntes sobre algunos aspectos históricos y culturales de Moyobamba, ciudad que, junto con Chachapoyas, configura orto y emblema del más prístino espíritu amazónico peruano. El estilo sobrio pero exacto de su redacción me animó a escribir y publicar un comentario en el periódico El Rayo, que por esos años publicaba en Lima el periodista sanmartinense Néstor López Cahuaza. Lo hice, sin saber quién era el autor del prólogo ni conocer nada de su relevante presencia en los círculos universitarios de la Lima de entonces.

Cuando nos conocimos, yo le mostré a Luis Hernán Ramírez un ejemplar de aquel número de El Rayo. Poco tiempo después, cuando se presentó su libro *Gloriosa gota pura* en el club Loreto de Lima, y yo estrenara allí dos textos musicalizados de ese poemario, Luis Hernán Ramírez me confesó que yo era el primer compositor que había puesto en música sus versos. Nos hicimos amigos, y la confianza mutua nos llevó a recorrer muchos caminos, siempre en pos de libros y canciones. Sus conferencias eran magistrales; su contacto con el público, de resonancias inéditas, y su humor, sutil. Jamás conocí en nuestra región otro hombre con tan alta calidad humana e intelectual, que hacía gala de una comprensión totalizadora y espontánea de la especie, en todas sus aristas.

Me satisface profundamente formar parte del equipo editorial que ha hecho posible la publicación de este libro que constituye un oportuno homenaje a la talla intelectual de Manuel Sacramento y Luis Hernán, dos moyobambinos que enaltecen el quehacer literario e intelectual de la selva peruana.

Luis Salazar Orsi

PRESENTACIÓN

Manuel Sacramento Ramírez: el dato histórico y el relato legendario, dos aportes a la literatura regional amazónica

Manuel Sacramento Ramírez López nació en Moyobamba el 23 de octubre de 1888, hijo de don Manuel Ramírez Cárdenas, procedente de Saposoa, y de doña Leonor López Rivera, moyobambina. Estudió en el colegio San José de su ciudad natal (1900-1904) y fue aprovechado discípulo del pedagogo Serafín Filomeno, forjador de juventudes en el oriente peruano. Ocupó la secretaría del municipio de Moyobamba y otros cargos de la actividad pública. Se desempeñó como profesor en diversos planteles de San Martín y Loreto. En 1915 se integró a la docencia del Colegio Nacional San José, donde había estudiado.

En Moyobamba conjuntamente con otros jóvenes de su tiempo editó *El Zancudo* (1919), un pequeño semanario original, independiente, político y humorístico que inauguró en esta ciudad un periodismo de combate defendiendo, en política, la causa popular y regional de *La Liga Loretana* (movimiento impulsado desde Iquitos por *La Región*, dirigida por Juan Olórtegui Villacorta) arremetiendo contras los intereses de *La cueva* y los abusos, corrupciones y nepotismo del oficialismo político de entonces, que repartía puestos públicos, favores y prebendas generalmente entre foráneos venidos de Lima.

El Zancudo ostentaba como epígrafe estos elocuentes versos expresivos del título y de las intenciones políticas y sociales del semanario:

Día y noche volando
visitaré a las doncellas
a todos iré contando
las mañas de todas ellas.